

y del 19, del 20 y 21 en Bañuls-les-Aspres, en Port-Vendres, en San-Telmo y en Coliuvre, por resultado de los cuales el enemigo fué obligado á abandonar todos sus campos y á encerrarse en Perpignan, dejando en poder nuestro su artillería, sus vagages y almacenes (1), correspondió en el norte, á

y dejaba francos los caminos: nuestros soldados, cinco dias en armas, y abismados por las lluvias, los cartuchos cho-reando, y á la sola bayoneta, se tiraron como leones á las cuatro baterías y se hicieron dueños de ellas, obra todo de una media hora. Y esto hacian unos soldados, convalecientes los mas de ellos de las fiebres estacionales que acometieron nuestro ejército en el campo del Boulou desde mediados de setiembre. Por aquella acción fué lavado por los portugueses su pecado de aquel dia, y respiraron nuestras tropas: nuestra izquierda fué asegurada, el alto Vallespir mantenido, nuestros pasos y caminos todos libres, nuestro ejército dispuesto á nuevos triunfos.

(1) En las mismas relaciones de los franceses ponen grima los desastres que estos sufrieron, principalmente en Bañuls-les-Aspres, (donde murió peleando el convencional Favre), en San-Telmo y en los varios atrincheramientos que defendieron con fortaleza y heroismo, hasta el momento en que les fué imposible sostener por mas tiempo sus posiciones, invadidas sus líneas de todos lados, y las plazas en poder nuestro. Tales fueron estas derrotas sucesivas, que una parte de ellas fué en Francia atribuida á ventas y traiciones, pero puedo asegurarlo (y lo juro), sin ningun fundamento para tales voces. Al gobernador de San Telmo lo declaró por traidor la convencion francesa, suponiendo que habia tirado contra sus propias tropas. Mas no fué él sino las nuestras, que sin mas armas que sus fusiles y sus sables y una sola hacha, avanzando y subien-

26 de diciembre, la terrible batalla de Geisberg, donde los austriacos, los prusianos y los emigrados de Condé, derrotados y fugitivos, abandonaron á la

do de peñasco en peñasco bajo la espesa granizada de balas y de toda especie de proyectiles que caian de las alturas, sin tener orden para tamaña empresa, acometieron la estacada á pecho descubierto y asaltando el rastrillo y foso hasta la puerta principal, rotas las cadenas del puente levadizo y quebrantada ya la puerta, intimaron la rendicion, que les fué hecha, y soltaron las baterías contra los enemigos que venian á refugiarse. Imposible fué defenderse, ni con mas arte, ni con mas valor, ni con mas perseverancia que lo hicieron los franceses, cuando amainado el tiempo y tomada nuevamente la ofensiva por nuestro ejército, el general Ricardos llevó á efecto sus osados planes para despejar su derecha, y tomar y asegurar en el suelo de la Francia sus cuarteles de invierno. Fuerza fué de armas, fuerza de valor, fuerza de talentos, fuerza de ejecucion, la que decidió en su favor la gloriosa campaña que mantuvo hasta el fin con próspera fortuna: fuerza tambien de honor y patriotismo en los valientes que mandaba aquel maestro de la guerra: el general Doppet, sucesor de Turreau, y el cuarto ya que la Francia oponia al caudillo español, habia ofrecido á sus soldados un invierno feliz en la rica Cataluña. ¡Loor á aquellos que con tantos esfuerzos, sin tener cuenta de sí mismos, le impidieron cumplir esta promesa! No es posible leer la primera vez sin una sensacion de fatiga y sobresalto la pintura de los combates que dieron fin á esta campaña. Asaltos fueron y escaladas de gigantes las que hicieron nuestras tropas por escarpas y precipicios espantosos en los acerbos riscos de Villalonga y de la Roca, en las breñas de Bañuls, en las laderas y las cimas de Puig de la Calma, en la Virgen

Francia las famosas líneas de Weisemburgo, pocos días guardadas; que mientras los franceses salvaban á Landau, y se apoderaban de Lauterburgo, de

de las Abejas, en el Coll de Suro, en el Pla de las Heras, en el Puig de Bercet, en las alturas de Carpila, en el Coll de Bellauri, en los tajos de San-Telmo, y en la larga fila de montañas y reductos y de puestos atrincherados hasta el Puig de Oriol. Treinta mil hombres distribuidos, una parte en las cumbres coronadas de baterías que parecian inexpugnables, y otra parte en los llanos atacando nuestros flancos, defendian palmo á palmo el suelo de su pátria. Todo empero fué superado y todo fué vencido en días contados. La postrer batalla fué dada sobre la derecha y centro del ejército enemigo; y completando sus derrotas en el campo que le quedaba atrincherado cerca de los lugares de Treseres y de Bañuls-les-Aspres, tres divisiones de caballería que conducia mi hermano, consumaron esta postrer victoria. El producto de estas acciones poderosas fueron por lo menos doce mil prisioneros, diez y seis banderas, todo el parque y los almacenes de San Genis, la mayor parte de las piezas de veinte y tantas baterías que cayeron en nuestras manos, intactas las mas de ellas, multitud de carros y de bestias de tiro y carga, el arsenal de Coliuvre, ochenta y ocho piezas que guarnecian sus fuertes, sus ricos almacenes, treinta buques cargados de bariñas y forrages, un gran surtido de ropage, provisiones cuantiosas para el servicio de los hospitales, y toda suerte de pertrechos para el servicio de un ejército. Este golpe de mano que nos valió á San-Telmo, á Port-Vendres, al Puig de Oriol, y á Coliuvre, el mejor puerto de aquel lado, fué la obra de diez y nueve horas de afanes militares. Despues de estos sucesos, nuestras tropas, asentados y seguros sus cuarteles de invierno en la tierra extranjera, cual ninguna otra potencia tuvo la suerte de lograrlos, se entregaron al descanso, bien ganado.

Kayserslautern, de Guersmershein, de Espira y de Vauban, la España poseía en el territorio de la república los castillos y fortalezas de los Baños, de la Guardia, de Villafranca, de San-Telmo, de Port-Vendres, de Coliuvre y de Bellegarde verdadera llave de la Francia por la parte oriental del Pirineo; y que en fin, mientras las tropas austriacas se daban prisa á repasar el Rhin, mientras los prusianos se amparaban bajo el cañon de Maguncia, y los franceses triunfantes disponían y tomaban sus cuarteles de invierno en el Palatinado, las tropas españolas campaban victoriosamente en las líneas del Tech á su perfecta anchura. ¿A falta de la historia, si no la había leído, necesita M. Pradt mas pruebas y mas testigos para verificar este cotejo tan glorioso á la España? Lea pues tan solamente los Monitores de aquel tiempo, y en la cuenta dada á la convencion á principios de 1794 sobre los sucesos militares de la Francia por el secretario Barrère, hallará estas palabras textuales: «Ciudadanos, habeis oido con «entusiasmo la reconquista de Tolon, las victorias «del Rhin, y la destruccion del monstruo siempre re- «naciente de la Vendéc: escuchad ahora con valor los «reveses y las pérdidas que la traicion os ha hecho «padecer por el lado de Perpiñan que amenazan los «españoles, hechos dueños del castillo de San-Tel- «mo, de Bañols, Port-Vendres y Coliuvre. Los «castillos se abandonaron, y nuestro ejército está «deshecho y totalmente derrotado; mas la junta de

«salud pública ha tomado ya á esta hora medidas
«vigorosas, etc. etc. (1)»

He aqui pues una campaña que los franceses mismos han llamado gloriosa para las armas españolas, y que nadie sabria negar que fué la única dichosa, y no la menos peleada, de las que ofreció aquel año la coalicion contra la Francia. ¿Fué por caso diferente nuestra fortuna en lo demas de la frontera de Aragon, Navarra y Guipuzcoa? Proporción guardada con la guerra ofensiva que fué hecha por el lado del Rosellon, la defensiva que mantuvieron nuestras tropas en tan larga extension fué otro tanto gloriosa. En ningun lugar, en ningun punto les fué dado á los franceses establecerse en nuestro suelo, mientras al contrario, nuestra izquierda, pasado el Bidasoa desde un principio, ocupó hasta el fin y mantuvo con sucesos gloriosos sus líneas sobre el territorio de la Francia, mas ó menos

(1) Bien probado quedó ya, para honor de la Francia y honor de nuestras armas, que la traicion no tuvo parte en los desastres que sufrió la Francia al fin de esta campaña. Todo el mundo sabe que para mantener el espíritu público y persuadir á la Francia que sus armas eran invencibles, el gobierno de aquel tiempo achacó á perfidias y traiciones todos los reveses que sufrió la república, y que por sostener este achaque hizo morir á muchos gefes inocentes castigando con suplicios la ineptitud ó la desgracia. En San-Telmo, en Port-Vendres y en Coliuvre fueron apurados todos los medios de una defensa en regla.

avanzadas, cuanto las circunstancias de la guerra siempre variables permitieron extenderlas y guardarlas con buen éxito. De una y otra parte fué poco activa esta campaña, pero no sin laureles para nuestras armas. Cuantos ataques intentaron los franceses, generales ó parciales, para invadir nuestra frontera fueron rechazados con ventaja y con fortuna siempre manifiesta; de los que dimos en su suelo, los mas fueron felices, muchos de ellos gloriosísimos. Citaré tan solo el elogio que un militar francés, M. de Marcillac, nos ha hecho, refiriendo esta campaña, sobre el brillante ataque de Castillo-Piñon por el lado de Navarra: « Los franceses, dice, en número de cuatro mil y quinientos, ocupaban las crestas de tres montañas. Las dos primeras, erizadas de baterías y defendidas con trincheras y estacas, cubrían á la tercera coronada por el fuerte de Castillo-Piñon. Esta posicion se podia mirar como inexpugnable, porque las faldas de aquellos picos que se levantan sobre una base de montañas escarpadas están llenas de cortaduras, y el único camino para llegar á las trincheras era estrecho y en el borde de barrancos profundos. Nada pudo contener el ardor de cuatro mil españoles que fueron destinados para atacar aquel parage; los obstáculos y los peligros aumentaban el valor de estos soldados. Despues de esfuerzos increíbles para los que conocen aquella situacion, tomaron el primer atrincheramiento, cuya defensa fué tan heróica

« como el ataque. Las baterías de esta montaña faci-
« litaron á los vencedores la toma del segundo pico;
« pero quedaba el fuerte, cuya guarnicion se refor-
« zó con las tropas arrojadas de las dos primeras posi-
« ciones. Alentados por el buen suceso que habian
« tenido en los ataques anteriores, y animosos á la
« vista del general en gefe Don Ventura Caro, que
« atormentado por la gota se hizo conducir en unas
« parihuelas hasta el pié de las trincheras puesto al
« fuego como cualquier soldado, escalaron la ter-
« cer montaña, y despues de cuatro horas de un
« combate obstinado, asaltaron el fuerte y persi-
« guieron á las tropas enemigas hasta las alturas de
« Orisson, que estaban guardadas por un cuerpo nu-
« meroso de reserva, mas el cual no pudo nada
« contra los españoles victoriosos. El general francés
« Lagenetière que mandaba aquel cuerpo fué hecho
« prisionero; los españoles se acamparon en las tien-
« das de los franceses.

« Don Ventura Escalante, mayor general de aquel
« ejército, que se halló aquel dia mandando la van-
« guardia, y el marqués de la Romana, se distingui-
« ron grandemente en aquella jornada del 9 de ju-
« nio, la cual pasará á la posteridad como uno de
« los monumentos auténticos que atestiguan el va-
« lor de las tropas españolas. Dignos descendientes
« de los soldados de Fernando y de Isabel, de los de
« Cárlos V y de Felipe V, los soldados de Cárlos IV
« mostraron bien en Castillo-Piñon en la Navarra,

« y en la misma época en San Lorenzo de Cerda, en
« Arlés, en el puente de Ceret, en la batalla de Mas-
« deu, en la toma de Bellegarde, en Thuir, en Ar-
« gelés en Ponteillás, en Canhoes, y en Truillas en
« el Rosellon, que el valor es en ellos herencia, y
« que solo requiere ser mandado con acierto. Los
« franceses, dignos y justos apreciadores del valor
« guerrero, no pudieron rehusar su admiracion al
« esfuerzo de los españoles en la jornada de Castillo-
« Piñon, y asi lo publicaron en los papeles de aquel
« tiempo en unos dias en que el gobierno francés
« no acostumbraba celebrar la gloria de sus enemi-
« gos (1).» Estos y otros mil elogios de los españo-
los en aquella guerra imprimió en Paris M. de Mar-
cillac en 1808, cuando no era ya rey de España
Cárlos IV. Nadie dirá por tanto que intentó agrar-
dar á una corte extranjera y que escribió lisonjas
para festejar un poder decaido y olvidado en el des-
tiero.

He aquí pues un año del todo favorable á nues-
tras armas, una campaña entera mantenida con ho-
nor y con gloria en el largo y enredado espacio de
nuestra frontera, donde todas las ventajas quedaron
por nosotros, preservado nuestro suelo en todas par-
tes de las armas enemigas, y ocupado mas ó menos

(1) *Histoire de la guerre entre la France et l'Es-
pagne en 1793, 1794 et partie de 1795, pages. 24, 25
et 26.*

por las nuestras el de Francia en las dos avenidas principales de los Pirineos, puesto que en los Bajos, llevaba la invasion hasta el Nivelles, todo el grave y costoso empeño con que, seis meses consecutivos, trabajaron los franceses para hacernos retroceder y libertar su territorio, no alcanzó á quitarnos nuestros puestos y dependencias de la línea de Viriatu; mucho menos obligarnos á repasar el Bidasoa.

Sienta ahora muy bien volver á M. Pradt y preguntarle si es verdad *que en Madrid, desde el fondo del palacio, paralizaba un favorito los sucesos de las armas españolas, y hacia que se frustrase el valor natural del soldado, y la devocion á la pátria que mostraban los generales.* En verdad y en justicia, ya que el reverendo obispo pretendiese imputarme la parte muy pequeña que tocó despues á España en el descalabro general de todas las potencias que guerreaban con la Francia, habria tambien debido con igual razon atribuirme la parte favorable de las victorias y trofeos conseguidos en la primer campaña, visto que una misma fué la mano que llevó las riendas del gobierno en los dias felices, y en los dias menos dichosos. Lejos de mí la loca vanidad de querer apropiarme el total merecimiento de aquello que se hizo: jamás goberné solo, todos los ministros de Cárlos IV, á quien mas fiel, á quien mas activo cooperaron al buen logro de nuestras armas; pero yo estaba á su cabeza, y no perdono aquella parte de justicia que á la ley de historia-

dor me debía M. Pradt, y que, á ley de españoles, me debian mis enemigos. Yo no tocaré para mí ni á una brizna de los laureles que ganaron nuestros dignos guerreros; pero sí diré que los busqué y que fueron elegidos los que podian ganarlos; que de estos elegidos fué muy raro el que llegó á frustrar las esperanzas de la pátria; que cuanto habia mas especial en cada arma por su instruccion y sus talentos, y cuanto daba muestras de un alma generosa, otro tanto saqué á luz y lo puse en la carrera del honor y de la fama; que en lugar de envidiar la gloria de ninguno, yo el primero de todos la empujaba adelante, la ayudaba con mi amistad, la aguijaba con premios, y le ponía un archivo en la memoria del monarca. No hube nunca en todo el tiempo de la guerra, ni en la clase de gefes y oficiales superiores, ni en la de subalternos, ni en la simple clase de soldado, quien se distinguiera por algun rasgo particular de valor ó de pericia, sin que al lauro obtenido no se siguiesen luego con profusion los favores y galardones de la corte. De la parte del gobierno hubo acierto y hubo tino en la eleccion de las personas, hubo solicitud, hubo impulso, buena correspondencia y lealtad inviolable con los defensores de la patria. De la parte de éstos, que eran la flor de nuestras armas, muchos de ellos plantel nuevo, mas selecto, cual debia suceder, hubo espíritu guerrero, hubo honor heredado y adquirido, hubo muchos traslados de nuestros viejos campeones, mu-

chos ejemplos nuevos del valor castellano.... y justicia sea hecha á aquellos dignos españoles, cuanto fué dable y fué pedible en aquel tiempo, puestos á la garra con el fanatismo ardoroso de una república naciente y un pueblo innumerable todo armado, á ellos solos cupo la gloria, que las demas naciones no alcanzaron, de lidiar con fruto, y sacar su patria incólume y entera en aquella lucha de Titanes.

¿Por qué pues tal rigor de M. Pradt contra el ministro de aquel tiempo? ¿En qué estuvo ó adónde estuvo la parálisis? ¿Fué en la formación de los ejércitos que adquirieron tantos lauros? Obra fueron de cuatro meses en cuanto fué llamado al ministerio de mi cargo: nada estaba hecho, nada estaba preparado; mi antecesor queria la paz á cualquier precio. ¿Fué por falta de providencia para armar las tropas y equiparlas? Mientras los donativos se realizaban, y se proveian otros medios y nos llegaban fondos de la América, yo busqué los caudales, y en el nombre de mi rey y de mi patria hice abrirse muchas arcas bajo mi palabra. Todo fué surtido, todo fué prodigado, armas trenes, equipages, monturas, caballos, viveres, almacenes, hospitales los mejor servidos de la Europa, abundancia y sobra de todos los recursos y surtidos militares; tales que, al decir de los viejos, de memoria humana no se vió nunca en nuestros campos provision mas completa. ¿Se causó la parálisis por la sujecion de los gefes á planes limitados ó exclusivos que les diera la córte?

Todos ellos llevaban carta blanca, y los planes que acordaron con la córte á medida de sus deseos, esos pusieron por la obra, libres de variarlos como pedirian los sucesos siempre inciertos de la guerra. ¿Hubo en fin tal parálisis? Nuestros triunfos logrados los mas de ellos con fuerzas inferiores, y la bandera real de la Francia y de la España tremolando en las fortalezas y en los campos de la república francesa despues de un año de combates, son los hechos históricos que yo opongo, llamada por su nombre, á la *mentira* de un obispo que se deleita en la invectiva y la calumnia.



CAPITULO XVII.

Continuacion del mismo asunto. — Expedicion de Tolon.

Un triunfo solo y una gloria les faltó á nuestras armas para que hubiesen completado los sucesos de la primer campaña. Solas, habrian vencido: combinadas, les tocó su porcion en las desgracias que causó en otras partes la ambicion y la discordia. Tolon fué evacuada: este revés no merecido, á lo menos de parte nuestra, lo sufrimos á prorata con los ingleses, con los napolitanos y los Sardos. ¿Fué por suerte culpa mia que aquella grande empresa hubiese sido malograda, ó fué un error acometerla?

Ningun proyecto ofreció en aquellos dias mejores esperanzas. Una grande fermentacion agitaba los ánimos en los pueblos meridionales de la Francia. No eran ya solo los realistas quien movia aquellos pueblos; la tiranía espantosa que ejerció la faccion de la Montaña llegó á inclinar en favor del reinado aun á los mismos demócratas que se mostraron poco antes los defensores mas ardientes de los derechos y franquezas populares. La insurreccion provenzal bien auxiliada, dada la mano con los confederados de Lyon y de Burdeos, combinada su accion con los federalistas normandos y bretones y con el poder indomable de la insurreccion vendeana, habria contribuido á derribar el gobierno sangriento y perturbador que pesaba sobre la Francia; y ésta, ayudada de buena fé que hubiese sido por todas las potencias sin ninguna mira de ambicion ó de dominio, se habria prestado á un buen régimen conservador adaptado á las circunstancias, último término donde la revolucion debia parar, y en que paró finalmente despues de veinte años de probar toda suerte de tiranías, de aberraciones y desastres. Dios me sea testigo de que el gabinete español no tuvo nunca otro designio, que jamás entró en sus proyectos oprimir la Francia, ni desmembrar su territorio, ni afligirla con reacciones y venganzas (1). Desgraciadamente

(1) Algunos dirán que, aunque tales hubiesen sido las ideas del gabinete español, padeció una ilusion si esperaba que las demas potencias, la Inglaterra y el Austria especial-

faltó un gefe comun que hubiese dirigido aquella vasta conspiracion de las provincias y que aunase sus pretensiones: desgraciadamente la ocupacion de Tolon coincidió con la postrer derrota de los insurgentes provenzales en Marsella: desgraciadamente la política inglesa resistió las intenciones generosas de los gefes españoles que por sus instrucciones eran

mente, hubieran desistido de la idea de oprimir la Francia y desmembrarla, ó que se conformasen los realistas con ningun otro desenlace que el de restablecer el viejo órden y el poder monárquico absoluto. Pero visto el progreso de las ideas, el camino largo que la Francia había andado, y la actitud política del mayor número, yo no pensé jamás, ni hoy tampoco lo pienso, que la mayoría de los confederados se habria sometido al extranjero pies y manos atadas, ni que los mismos que habrian sacudido el yugo de la convencion nacional no hubiesen resistido, de mancomun con las tropas nacionales, toda idea de opresion y servidumbre, de cualquiera parte que viniese. Mucho mas entera de espíritu, mucho mas fuerte de ideas de libertad, y mucho menos cansada se encontraba la Francia en 1793 que en 1814; y sin embargo vencida, como dos veces llegó á verse, y ocupada su capital por los reyes de Europa, fué respetada en sus principios y sus derechos adquiridos. Si de aquella vez, en 1793, la reaccion saludable de los pueblos, sostenida de buena fé, con lealtad y cordura, hubiera producido, bajo mejores bases que en un principio se adoptaron, la monarquía templada (solo género de gobierno que convenga á un pueblo innumerable industrial y comerciante); qué de males se habrian ahorrado para la Francia, para la España y para el mundo entero! Ilusion perdonable, si fué ilusion la esperanza de Cárlos IV.

dueños de concertar toda suerte de medidas que pudieran favorecer la reaccion del mediodia: desgraciadamente los ingleses prefirieron encerrarse en Tolon, que á la larga ó la corta, oprimido que hubiese sido el alzamiento de los pueblos, era fuerza evacuarla; desgraciadamente, la gran medida que los toloneses ansiaban y en favor de la cual moví en vano cielo y tierra en mas de un gabinete, la de hacer venir á aquel punto al conde de Provenza, no se pudo lograr que la adoptáran los ingleses: bastaba ciertamente á la Inglaterra destruir un puerto y quemar ó llevarse una armada de la Francia: convenia sobre todo á su política prolongar los trabajos de aquel pueblo cuyo poder hacia sombra á su fortuna. ¿Qué dirá de esto M. Pradt? Yo no fabrico cuentos; la conducta leal, eficaz y generosa de la España fué bien sabida en aquel puerto; los toloneses no se han quejado nunca de nosotros.

Demas de esto, en lo que fué relativo á la triste defensa de aquel punto, ¿se echó menos alguna cosa de parte de la España? Sobró el valor, sobró la constancia, sobró el honor heróico, y sobró tambien el miramiento con los funestos aliados que abusaron de nuestro empeño y malograron los designios de nuestra franca alianza (1); si hubo acaso algun

(1) A pesar de la moderacion acostumbrada siempre en los manifiestos de España, he aquí un pequeño trozo harto expresivo de la declaracion de guerra á la Gran

pecado de parte de nosotros, fué el contar con sus fuerzas y sus gefes, otro tanto como contaron ellos con las nuestras y los nuestros. No fueron españoles los que perdieron los puntos del Fáron y de la Masca, que una vez en las manos del enemigo, impedían cubrir las radas y guardar la plaza por mas tiempo. Gloria y lauro al valiente Mendinueta, que sostuvo hasta el fin, en San Antonio el Grande, el honor de nuestras armas en la terrible noche del 17 de diciembre, rechazó al enemigo, y él mismo dió refugio al comandante inglés que, sorprendido en la Masca, derrotado y fugitivo, fué á ampararse en

Bretaña en 7 de octubre de 1796: «Uno de los principales motivos que me determinaron á concluir la paz con la república francesa, luego que su gobierno empezó á tomar una forma regular y sólida, fué la conducta que la Inglaterra habia observado conmigo durante todo el tiempo de la guerra, y la justa desconfianza que debia inspirarme para lo sucesivo *la experiencia de su mala fé. Esta se manifestó desde el momento mas crítico de la primera campaña en el modo con que el almirante Hood trató á mi escuadra en Tolon, donde solo atendió á destruir cuanto no podia llevar consigo*, etc. etc.» Poco despues hablando el mismo manifiesto de la mala fé con que la política inglesa procuraba alejar todos los medios de llegar á la paz, dice estas palabras: «*La noté tambien en su repugnancia á adoptar los planes é ideas que podian acelerar el fin de la guerra*, etc.» He citado estos lugares porque confirman la verdad de lo que en el texto tengo dicho sobre las nobles y sinceras intenciones de la España en la malograda empresa sobre Tolon.

aquel punto. Todo el dia 18 la bandera española tremoló en aquel fuerte, y no salió la tropa sino en virtud de orden de sus gefes para embarcarse aquella noche. Obligados á retirarnos, hasta el postrer honor de aquella retirada se lo llevó la España, cuando abandonados por los ingleses los fuertes que debian cubrir la propia marcha de los suyos (1), anticipando aquellos la hora de la fuga y dejadas en descubierto las alturas que dominaban á la Malga, nuestras tropas las guarnecieron con sus pechos y sus armas. La indignacion castellana resolvió darles una leccion de fortaleza y les concedió que formasen la vanguardia para el embarque; el centro lo tuvieron los italianos, y la España formó su gente á retaguardia, la postrera que dejó el puerto, paso á paso, sin confusion, sin abandonar ni un soldado, ni un enfermo, ni un herido, ni ningun desgraciado. Córdoba y Mallorca fueron los postreros regimientos que se embarcaron. El mayor general Don José Ago, digno de eterna fama, fué el último valiente, que cuando no quedaba ya en tierra ni un

(1) Los de Artigas y Santa Catalina. Este penoso incidente puso el camino real bajo el fuego del enemigo y obligó con gran peligro á mudar la direccion de las tropas por el camino bajo, para buscar la poterna á la derecha de la puerta de Italia. Esta medida y la formacion en batalla de nuestra tropa sobre la izquierda de la ciudadela, impidió la desgracia que amenazaba de perder á un mismo tiempo las escuadras y el ejército.

soldado , y despues de embarcados un gran número de individuos toloneses , de dia , con luz clara , á las ocho de la mañana , dejó el muelle y disparó el postrer tiro al enemigo.

Yo pido escusa á mis lectores , si es que he estado prolijo en referir de paso algunos altos hechos de aquel tiempo. Yo he hablado de estas glorias , lo primero por recordar á la juventud española la lealtad y el sublime honor de sus padres y abuelos , lo segundo tambien para honra mia y en mi propia defensa , pues no hay virtud ni emulacion , ni grandeza de ánimo , ni sentimiento de la gloria bajo un gobierno endeble y relajado. Ministro de aquel tiempo y órgano principal del poder , yo no soy temerario en reclamar una parte siquiera en el reflejo de lo bueno y lo grande que fué hecho. Privado , favorito ó válido , como quiera llamarme M. Pradt , yo cumplí los deberes de un vasallo fiel y un amigo celoso de su rey y de su pátria. Los sucesos hablan , y en presencia de ellos , los que respeten la verdad entre mis mismos enemigos , habrán de confesar , que en los dias tormentosos en que fuí llamado á luchar contra los riesgos nunca vistos que asaltaron la Europa , no fué España la que tuvo que envidiar á las demas naciones , ni mejor fortuna , ni mejor consejo , ni mejores servidores.

CAPITULO XVIII.

Debates tenidos en el consejo de estado sobre la continuacion ó la cesacion de la guerra.

Desde el principio de la guerra hubo siempre en España un partido, corto en número y recatado, mas no del todo sin influjo, que vió con pena la coalicion contra la Francia, y que al voto nacional, tan pronunciado en favor de ella, lo graduó de un movimiento pasagero que la influencia de las clases superiores y la sugestion del clero habian causado en la muchedumbre ciega de las plebes. Los mas de este partido se encontraban en la clase media y en la gente letrada mas especialmente, jóvenes abogados, profesores de ciencias, pretendientes y estudiantes, mas sin faltarles apoyo de personas notables entre las clases elevadas, de las cuales, unos por vanidad, otros por estudios y lecturas que habian hecho, y otros por impresiones recibidas de los hombres de letras con quienes trataron en sus viajes por la Europa, abrazaron de buen ánimo las ideas nuevas con que el siglo llenaba al mundo de esperanzas y temores. Ciertamente, ninguno de ellos aprobaba la marcha violenta de la revolucion fran-

cesa, pero amaban con pasion las doctrinas que la habian inflamado, y se dolian de aquella liga general que tendia á reprimirlas. Pocos fueron entre nosotros, si es que hubo alguno, los que esperaban que la revolucion triunfase; mas ocultando su aficion á las teorías que dominaban en la Francia, se ceñian á propagar temores sobre el éxito de aquella guerra, y ansiosos de apartarla, pronosticaban, sin creerlos por entonces, los triunfos venideros de la república francesa. Cuando estos triunfos comenzaron á ser vistos en el norte de la Francia, adquirió mayor vigor aquel partido y encontró argumentos nuevos para reprobear la guerra, recordando sus anuncios y ponderando los peligros que debia correr la España si volvía á la lucha. Yo voy hablar de un episodio entre las dos campañas, que en sentido contrario á las acusaciones que me ha hecho M. Pradt, ha dado larga márgen á otros textos y versiones, tambien en contra mia; porque tal ha sido mi destino, que mis enemigos, bien quisiese yo la guerra cuando la guerra era precisa, bien quisiese la paz cuando la paz fué necesaria y se pudo hacer con honra, me han vulnerado de igual modo sin temer contradecirse.

Era ya el año de 94. Llamados á la córte nuestros generales de los tres ejércitos para trazar y concordar los planes de la próxima campaña, convenidos ya y madurados sus proyectos, se siguió dar cuenta en el consejo. No era entonces la

cuestion de seguir ó no la guerra, sino el modo de hacerla, lo que debia tratarse: la paz era imposible, visto que la anarquía reinaba en Francia mas que nunca, que esta no pedia la paz, y que proponerla ó pedirla á los que entonces gobernaban la república, era una mengua para España, y otra mengua mas, victoriosa cual se hallaba, abandonar sus aliados al primer revés que habian sufrido. Pero el partido de la paz, ó por mejor decir el partido de la Francia, halló un órgano por quien mostrarse con la frente alzada, y la cuestion de paz ó guerra fué lanzada en el consejo. El conde de Aranda, á quien tantas alabanzas han sido prodigadas por la paz que siempre quiso con la Francia, como á mí vituperios por haberla hecho cuando fué necesaria, honrosa y conveniente, tomó á pechos condenar aquella guerra, persuadir la paz, y ésta paz segun él, hasta el extremo de unirnos á la Francia contra las potencias aliadas, siempre y cuando en aquella guerra peligrase su existencia. El conde hablaba bien en las antiguas reglas de la política europea, cuando en las guerras que ocurrían, salvo siempre el principio de los legítimos derechos y las formas de los gobiernos, se luchaba solamente, en verdad ó en pretexto, por mantener el equilibrio material de las potencias; pero el conde olvidaba que la revolucion francesa, tal como obraba en aquel tiempo, no tan solo amenazaba este equilibrio, sino mucho mas los principios constitutivos que regian

á los pueblos, y que enhestaba el hacha contra todos los gobiernos y mayormente los monárquicos. Como quiera que fuese su manera de entender la política en tan graves circunstancias, el conde presentó un escrito largamente trabajado, al que me tocó responder produciendo mis ideas, unas mismas con las del rey, y unas mismas con las del consejo y los demas ministros. No es inútil dar cuenta á mis lectores de lo que fué dicho y peleado de ambas partes. La relacion de este debate mostrará mis principios y podrá responder por muchos actos de mi vida. Fuerza es tambien que yo deshaga en este punto las mentiras y calumnias que mis enemigos han forjado á su albedrío.

El discurso del conde, bien que envuelto y confuso por falta de un buen orden (1), se venia á resumir en los siguientes puntos.

- 1.º Que la guerra con la Francia era injusta.
- 2.º Que era impolítica.
- 3.º Que era ruinosa y superior á nuestras fuerzas.
- 4.º Que ademas de ruinosa, arriesgaba la monarquía.

(1) El conde de Aranda tenia mas facilidad y mas ventajas cuando hablaba que escribiendo. El ardor de su carácter y la alta idea que tenia de sí propio, montaba su cabeza en los debates y le daban cierta fuerza cuando decia lo que pensaba improvisando; si bien por otra parte le dañaba mucho aquel calor, que le hacia faltar con fre-

Que la guerra era injusta, pretendia probarlo por teorías generales y por principios absolutos, alegando «que aquella guerra atacaba el primero de todos los derechos de que gozan las naciones, que es su independencia natural y política; que este derecho no pendia de la forma de sus gobiernos, ni de tales y tales gefes que estuviesen á su cabeza, sino que era intrínseco á las naciones, por las cuales y en fuerza solo de representarlas le disfrutaban los gobiernos; que las revoluciones no eran nuevas, sino viejas y comunes en la historia de los pueblos; que el derecho de estos de mejorar sus leyes y gobierno era innato y eterno como ellos; que de Dios venia el poder para todas las sociedades, como quiera que fuesen, monarquías ó repúblicas, sagradas igualmente bajo tal concepto; que en las disensiones internas de los pueblos, no tenian sus vecinos mas accion ni otros medios justificados de intervenir que los oficios amigables cual conviene entre iguales;

cuencia á la dignidad de su auditorio, el tono siempre altivo, con extremo irascible. Sus escritos participaban, aunque no tanto, de este mismo carácter de soberbia y predominio, pero todos ellos eran pesados é endigestos, las ideas ensarzadas y revueltas, dificultosa la frase, mal unidos los pensamientos, rara vez bien acabados, caminando siempre con trabajo, muchas veces sin atinar la manera de dar la idea que tenia en su cabeza, aumentando los circunloquios y abismando los conceptos. Este juicio no es solo mio; todos le han encontrado estos defectos.

que toda pretension de obligarlos por las armas á admitir leyes y formas señaladas de gobierno, era una violacion de los derechos natural y de gentes; que aun con menos razon se podria emprender ninguna guerra para imponer á la fuerza la sumision á tal persona ó tal familia resistida ó desechada por los pueblos; que siendo su deber, como buen español y leal consejero, hablar verdad en aquel sitio, cual la concebía en su conciencia, no podia abstenerse de decir que la guerra contra la Francia no se hallaba fundada ni aun en pretextos ó apariencias de justicia, pues que tales no podian ser los intereses y los lazos de familia entre los príncipes, intereses y lazos buenos de mantener cuando estrechan los nudos de los pueblos, pero dañosos y funestos cuando rompen estos nudos y dividen las naciones; que si bien era digno de alabanza el sentimiento natural que nacia del parentesco y el piadoso deseo del augusto monarca que regia las Españas, de ver restablecida la corona que llevó en Francia su familia tantos siglos, mucho mas loable debia ser que por un heróico sacrificio de sus afecciones mas íntimas, sometiese aquel deseo á la ley comun de las naciones y á la paz de los dos pueblos; que en las relaciones naturales y políticas de las naciones habia intereses y derechos mas positivos y elevados que los derechos personales de las casas reinantes, y que en fin, conocer estos derechos, respetarlos, y tenerse en los lindes de la moderacion y la justicia, era mas

gloria para un rey, que pretender vengar, á expensas de sus pueblos, un agravio de familia, que harto estaba ya vengado por los triunfos que habian logrado nuestras armas.

Despues pasó á argüir que la guerra era impolítica. Sus razones principales fueron estas: 1.^a «que el objeto de aquella guerra abria el camino para legitimar la introduccion de las potencias extrangeras en los negocios interiores de los pueblos, y que la propia razon que se adoptaba para combatir la república francesa, podia servir á ésta para combatir á su vez los gobiernos monárquicos, como ya de hecho se notaba en las medidas que la convencion habia adoptado: 2.^a que era poca cordura empeñar por mas tiempo aquella guerra de principios, porque el grito de la libertad era un reclamo mucho mas eficaz sobre el oido de los pueblos, que el clamor desfallecido de las viejas ideas de sumision y vasallage por derecho natural y derecho divino: 3.^a que ademas de estos dos inconvenientes, que trascendian á una multitud de sucesos y peligros posibles, el interes político de la España se encontraba comprometido por aquella guerra que auxiliaba los enemigos naturales de la Francia y de la España; que la sola nacion vecina cuyo interés político fuese uno mismo con el nuestro, era la Francia; que arruinada ésta y desmembrada y sojuzgada por las demas potencias, los Borbones de España y de la Italia se hallarian aislados sin pesar mas nada en la balanza

de la Europa contra la ambicion insaciable del Austria y la Inglaterra: 4.^a que para asegurar nuestro poder en el continente y en los mares, fué trazada la gran obra del *pacto de familia*; que este pacto no intentaba menos la prosperidad de los pueblos donde reinaban los Borbones, que el poder de estos príncipes; que los reyes y los gobiernos, cualesquiera que fuesen, podian cambiar por la suerte de los tiempos; pero que siendo eternas las naciones, los intereses de estas eran siempre unos mismos; que en vez de guerrear contra la Francia y ayudar á su ruina, se le debia auxiliar contra las miras ambiciosas de la Inglaterra y la Alemania; que combatida y enfrenada la Inglaterra largos años por el poder marítimo de la España y la Francia unidas como dos hermanas, se gozaba aquella en la idea de dividir las y apartarlas para siempre, y de destruir, una tras otra, sus marinas poco habia tan boyantes, libre entonces de invadir nuestros mares de ambas Indias y de apropiarse su comercio; que á la vista de tal peligro, puesta á un lado la cuestion de familia y de principios, mas que nunca en tal riesgo se debia renovar la alianza de la Francia y la España; que la buena política sometia las repugnancias y las quejas al interes supremo del estado; que en aquella guerra los gabinetes aliados iban todos á su provecho, mientras la España peleaba para daño suyo solamente; que un rey en fin cuya ambicion no era otra que el bien de sus vasallos, no debia sacrificarlos á la es-

peranza mas que incierta de reponer á sus parientes por la fuerza de las armas, ni dejar que la España se arruinase por la prosecucion de una guerra, que sobre ser injusta y altamente impolítica, le era gravosa con extremo y superior á sus recursos.»

Sobre los medios de la España para seguir la guerra dijo en suma: «que era visto que la España se encontraba bajo el peso de una deuda exorbitante; que por los enormes dispendios que en el reinado anterior causó la guerra con la Gran-Bretaña, las diferentes cajas que se habian establecido para animar el comercio y restaurar el crédito, se encontraban, las unas arruinadas y las otras cercanas á la misma catástrofe; que la guerra con la Francia, aun suponiendo que nuestras armas prosperasen, seria larga, porque el espíritu de libertad é independencia que reinaba en los franceses les daba fuerzas y ventaja sobre las demas naciones mal servidas por soldados mercenarios; que los recursos de la España se hallarian agotados antes que aquella guerra se acabase; que la España contaba con su dinero solamente, y que en esto alababa la conducta del ministro, que guerreaba sin subsidios y mantenia la independencia de nuestro gabinete; pero que no alababa su excesiva confianza en el fervor de guerra que la nacion habia mostrado; que los donativos, por mas grandes que se estimasen, eran buenos para probar el honor y la lealtad de España, pero no bastantes para los gastos de una guerra tan costosa;

que era poco de esperar que estas grandes demostraciones de los pueblos se acrecieran en adelante, porque en la realidad no tenían una impulsión producida como en Francia por la energía del fanatismo democrático, ni procedían tampoco de un fervor y un entusiasmo religioso, propio de otras edades, pero ajeno de la nuestra, mediante cuya fuerza se pudiera contrarrestar el ardor republicano de la Francia; que el celo religioso que se había mostrado no era mas que un vapor pasajero alimentado por los clérigos; que aquel fuego extemporáneo no podía mantenerse largo tiempo vista la escasez del combustible; que el gobierno español contaba á la verdad por el momento con la voluntad de los pueblos, mas con esta voluntad solamente, y no con la violencia y los despojos que ofrecían á la Francia tantos medios de sostener la guerra; que, cual era de temer, si á nuestros triunfos obtenidos se seguían reveses, el calor de los pueblos podría disminuirse, falta la confianza, retirarse los caudales, y acabarse los medios; y por último que las quiebras y reveses de la guerra que se había empeñado eran mas que probables, casi ciertos, vistas las medidas poderosas que se ponían en obra por la Francia, y la masa de combatientes que acudía á sus fronteras.»

El condeapuró entonces toda suerte de argumentos para mostrar los riesgos que ofrecía aquella guerra, «empeñada, dijo, contra un pueblo inmenso, donde el espíritu de libertad é independencia se había

desarrollado como en los grandes tiempos de la Grecia y de la Italia; guerra desigual, donde á soldados máquinas y siervos oponia la Francia, por centenas de millares, ciudadanos inteligentes y abrasados en amor de la pátria; guerra en que pueblos viejos y llagados bajo el yugo y bajo el palo de sus dueños, las tenian que haber contra falanges de hombres nuevos, recién emancipados y en el primer ardor del fuego democrático; guerra, en fin, contra un pueblo que á su poder en luces, en industria y en recursos ordinarios, allegaba la fuerza de una revolucion que ponía á su mandado (lo que en otra ninguna parte podia hacerse) todas las voluntades y todas las fortunas. » Hecha luego por menor la reseña de los medios que tenia la Francia de hacer frente á la coalicion, de la efectuacion de estos medios, de la leva en masa de la juventud francesa que era visto ser cumplida en todas partes, de los nuevos generales que salian de las filas de los simples soldados como por encanto, y de los triunfos y progresos que estas tropas bisonas y estos gefes improvisados comenzaban á lograr contra los militares mas nombrados de la Europa, puso el caso de una extrema en que alguna de las potencias coligadas sucumbiese, ó se viese obligada á retirarse, quedando el peso de la guerra sobre las mas leales ó las menos cuerdas. Sobre este punto cargó la mano en su discurso, y se esforzó en mostrar con largos pormenores las miras perniciosas y encontradas de ambicion que impedian

la union sincera de los principales gabinetes coligados, sus mezquinas rivalidades, y sus planes de guerra discordados que ayudaban á la fortuna de la Francia. «Si llega el dia, (exclamaba cerca ya del fin de » su discurso) el dia que yo me temo, de una ó mas » defecciones, ó de una ó mas desgracias decisivas en » el norte de la Europa, la España, sola de este lado, » tendria que pelear contra una fuerza inmensa que » caeria sobre ella de relance, y en tan grave conflic- » to, salvo á esperar en los milagros estupendos del » apóstol Santiago, nadie podria impedir que fuese » hollada y conquistada por la Francia. Yo conozco » la Francia, yo he visto allí la fuerza que las nue- » vas ideas engendraban tiempo hace en las cabezas, » yo conozco el ardor francés, y lo digo y lo pres- » gio, bien á pesar mio: si con tiempo, cual lo es » ahora, no se previenen estos riesgos, apartándonos » de la liga, y ajustando, al presente que nuestras » armas aun conserván la fortuna de su parte, una » paz ventajosa, llegará el dia, y quizás no está lejos, » en que los caballos franceses beberán en las fuen- » tes del Prado. Mis anuncios no son lisonjas: se po- » drá argüir que tengo en poco el valor nacional, » ¿mas por qué ponerlo á prueba de empresas teme- » rarias que rayarian en lo imposible? Vale mas la » verdad y la prudencia que una loca arrogancia, si » el valor solo no es bastante para vencer un enemi- » go poderoso y despechado. ¡Ojalá que mis anuncios » en lugar de affligir el corazon del augusto monarca

» á quien mi lealtad es deudora de mi larga experiencia en el servicio de tres reyes, valgan como yo deseo para evitarle los peligros que amenazan á la Europa! ; Y ojalá las dos naciones , depuesta la querella de personas y principios que se opone á sus mas altos intereses, vuelvan á ser amigas y á renovar los lazos de su antigua alianza!»

Tal fué en sustancia el dictámen del fervoroso conde, cuanto alcanza mi memoria. No dirá nadie que he procurado rebajarlo. Las ideas y el fondo del discurso todo es suyo: cuanto al órden de ellas y á la urbanidad del estilo, confesaré llanamente que uno y otro he procurado mejorarlos, por temor de que alguno imaginára que habia intentado degradarlos.



CAPITULO XIX.

Continuacion del mismo asunto.—Mi respuesta en el consejo.

Cárlos IV escuchó aquel dictámen sin dar muestra de alterarse. Todo el brillo de la magestad resplandecia en sus ojos con una luz serena; víase al rey mas que al hombre en su noble y templada compostura. A mas de un consejero hizo temblar el arroj del conde: cada cual, y yo el primero, habria

querido evitar aquel debate sobre el escabroso terreno en que el caluroso anciano le habia puesto; mas el rey quiso que yo hablase: los demas consejeros respiraron un momento.

Mi primer cuidado fué endulzar la penosa impresion que debian haber causado las doctrinas del conde, poco oídas, ó por mejor decir, nunca osadas á mostrarse en los bancos del consejo. Absolutas y terminantes, cual el conde las habia sentado, mi deber era impugnarlas; la manera de hacerlo que yo tuve, fué explicarlas y buscarles mejor sentido. Por fortuna cuanto á la paz, mis ideas se acercaban á las suyas; yo la queria igualmente: la diferencia estaba solo en que el conde de Aranda la queria en el instante, y que yo deseaba tiempo apto para ver de entablarla con garantías seguras de parte de Francia, y con motivos bien fundados, sin que fuese una desercion de la union contraida con las demas potencias, sin que pareciese una infamia. De esta suerte llegué á esperar que con mejor aviso, conocidas mis intenciones por el conde, se explicaria despues con mas cordura, y calmaria el enojo que debian haber causado sus ideas y sus palabras mal templadas. Sosteniendo mi opinion con modestia, contemplando su amor propio, y acercándome á sus ideas cuanto era dable, yo que era el atacado en mi sistema, le di pruebas de mi respeto á sus cabellos blancos. Si se creyó desairado porque triunfaron mis razones, mi manera de presentarlas no debió ofenderle.

« Si en algun lugar, dije yo, pueden ser tratadas
» con libertad las teorías de gobierno, es sin duda
» en este sitio donde no hay peligro que la disputa
» ocasione ningun escándalo. Para buscar la verdad
» y conseguir el acierto, conviene siempre agitar la
» cuestion que se ventila, produciendo en cada ex-
» tremo, sin ninguna reserva, toda suerte de argu-
» mentos, cualesquiera que fueren, el pensamiento
» propio y el ageno, lo que juzga uno mismo y lo
» que ha oido de los otros. De esta suerte la discu-
» sion es sincera, ofrece luz completa, y se llega mas
» fácilmente á concordar las opiniones, porque vista
» lá cuestion bajo todos sus aspectos, la verdad apa-
» rece, y conocida ésta por aquellos que la aman y
» la buscan, su dominio es cierto. Por mas que sea
» distinto nuestro modo de ver las cosas en las maté-
» rias árduas del estado, nuestra lealtad al rey, nues-
» tro amor á la pátria, nos hace á todos unos mismos;
» un solo pensamiento nos dirige altercando, por
» distantes que parezcamos. Mi intencion es discutir,
» no improbar, persuadir ó ser persuadido, y ofrecer
» mi opinion del mejor ánimo al rigor del exámen,
» pronto á sacudir, si me apercibo de él, cualquier
» error en que me hallase; porque la suerte de la
» España, la conservacion de la corona, y el honor
» del estado pueden pender de este debate. ¿Quién
» se atreveria á posponer intereses tan elevados á un
» capricho de amor propio?

« Yo deseo la paz, yo la habia buscado, y la Es-

» paña necesitaba ciertamente de este beneficio in-
» comparable, cuando empezando apenas el país á
» respirar de los grandes quebrantos que le habia
» causado la dispendiosa guerra de los cinco años,
» el gobierno tenia sobrado en que ocuparse para
» reanimar el comercio, fomentar la industria, res-
» tablecer el crédito, y poner en movimiento los cau-
» dales que hizo esconderse y sepultarse aquella guer-
» ra mal mirada. Esta bella esperanza se ha deshecho
» por la presente guerra, que se llevará los recursos
» que podrian haber alzado las fortunas particulares
» y la fortuna del estado. Pero á la luz de una razon
» imparcial ¿á quién podria imputarse tal desgracia?
» No, en verdad, al presente gobierno sobre quien
» pesan las calamidades que otras manos precipita-
» ron. No es ahora tiempo ni hay necesidad de hacer
» inculpaciones: la prevision humana no alcanza al-
» gunas veces á presentir lo que ofrecerá el dia si-
» guiente; pero el mal de hoy es una triste hijuela
» de la lucha empezada en mala hora por la cuestion
» americana. Harto dichosas serian España y Fran-
» cia, si los males de aquella guerra, que merece
» mas que ninguna el epíteto de impolítica, se hu-
» bieran encerrado en los graves dispendios que cau-
» só á los dos reinos; pero el genio del mal puso en
» ella la ocasion de un incendio, que empezando
» apenas, amenaza ya abrasar el mundo entero. Yo
» quizás no habria tocado este registro doloroso;
» mas nuestro decano ha citado aquella guerra como

» un origen de desastres en la hacienda: yo he debi-
 » do añadir que aun ha sido mas fecunda en desas-
 » tres políticos, guerra fatal y primer escalon de los
 » sucesos que han abortado la presente, con una di-
 » ferencia muy notable de la una á la otra, y es que
 » aquella fué querida, libre enteramente y volun-
 » taria; y que al contrario, la presente, sin quererla
 » nosotros, sin haberla buscado, procurando evitar-
 » la, se ha hecho precisa y necesaria.

« He dicho *necesaria*, y equivale á decir que es
 » *justa*, porque ninguna guerra es necesaria sin ser
 » justa. Yo entro ya en la cuestion, y ante todas las
 » demas cosas, probaré por axiomas del derecho co-
 » mun recibido en las naciones, que la presente guer-
 » ra es justa. Todo es igual entre naciones, derechos
 » y deberes: no citeamos los axiomas que determinan
 » los derechos sin citar los que fijan los deberes, por-
 » que violados los segundos, flaquearán los primeros.
 » *Las naciones son independientes las unas de las*
 » *otras, ninguna de ellas tiene derecho de mezclarse*
 » *en los negocios de la agena: ¿qué principio mas*
 » *verdadero?* Mas por bajo de él está escrito: *Mien-*
 » *tras no quebranten este principio, y no dañen ni*
 » *perturben á las otras.* ¿Se ha observado esta condi-
 » cion de parte de la Francia? ¿La revolucion de este
 » pueblo se ha mantenido en los lindes de su dere-
 » cho sin mezclarse en los negocios de las otras? Dí-
 » galo su tribuna, díganlo sus cavernas populares,
 » díganlo sus escritos incendiarios arrojados á la Eu-

» ropa desde el momento mismo en que empezaron
» las turbaciones de aquel reino. ¿No es mezclarse
» en los negocios interiores de las demas naciones, so-
» levantar los pueblos, infamar los gobiernos y pre-
» dicar la insurreccion á todos vientos? Se dirá tal
» vez que el derecho de enunciar y publicar sus opi-
» niones, de palabra ó por escrito, es inherente á un
» pueblo libre. Séalo asi, si se quiere, en sus nego-
» cios propios, pero no en los agenos. ¿Quién ha da-
» do á la Francia ni á ningun pueblo de la tierra el
» derecho de deprimir á los demas gobiernos y pre-
» dicar las sediciones? El gobierno que tolera estos
» excesos (cuando él mismo no sea el autor como al
» presente lo está siendo) es un gobierno hostil á las
» demas naciones, poco importa que sea él ó que sean
» sus gobernados los que ataquen las leyes, la exis-
» tencia, la paz y el órden, bueno ó malo, sea el que
» fuere, de los otros pueblos. ¿Por ventura son las
» armas solamente las que atacan la existencia de un
» estado? ¿No son hostilidades manifiestas la censu-
» ra, las invectivas, los sarcasmos, las mofas y las
» provocaciones contra los demas gobiernos? Ofensas
» son y violaciones de mayor transcendencia que la
» agresion por las armas, porque el pueblo que ataca
» á otros por medio de la guerra encontrará quien
» se le oponga; mas la seduccion halla paso y cami-
» no en todas partes sin hallar resistencia. Y la ver-
» dad sea dicha y confesada, que pretender forzar á
» un pueblo por la via de las armas para hacerle